

Adeodato Simó

TANTO MIEDO A SABER

I

Siempre me intrigó el contenido del armario de mi padre. Según he sabido después, esto es algo normal y muy propio de los niños, quienes suelen aprovechar cualquier oportunidad para echar un vistazo *ahí dentro*. Yo pude hacerlo en no pocas ocasiones, cuando al volver del colegio encontraba a mi madre hablando por teléfono con alguna amiga (tantas discusiones entre adultos por la factura). Entonces podía yo disfrutar de total libertad para satisfacer mis curiosidades: entraba en la habitación de mis padres y abría con cuidado inútil —siempre chirriaba— la puerta de aquel armario que a mí me parecía gigantesco y que hoy se me quedaría pequeño. Nunca sin embargo me atreví a tocar nada por miedo a que mi padre se percatara de la invasión (miedo a que la descubriera y no al posible castigo, pues nunca fue demasiado severo conmigo). Era, eso sí, un temor bien fundado: mi padre siempre fue una persona muy ordenada y meticulosa que hubiera notado de inmediato el más ligero cambio en la disposición de sus cosas. El orden era su mayor obsesión, y recuerdo que de vez en cuando me enumeraba las ventajas de esta costumbre que yo no he heredado: «Ejercita la memoria, conserva las cosas en buen estado y nos ahorra mucho tiempo», me decía. «Y permite descubrir intrusiones», añadía yo para mis adentros.

En esas veces en que miraba pero no tocaba (algo que jamás hice en un museo, pero aquí estaba en juego mi impunidad) atraían de manera especial mi atención una serie de antiguas cajitas de madera apiladas en un rincón aunque no ocultas a simple vista. Hasta que oía que mi madre empezaba a despedirse —el salón y la habitación de matrimonio, pared

con pared— pasaba la mayor parte del tiempo contemplándolas, lo cual me impedía hacer grandes progresos en la exploración. (Como el aventurero que viaja por el África Negra o Sudamérica y queda prendado de un lugar, y ya no quiere o no sabe continuar y allí queda, aun ignorando el resto de maravillas que pudiera encontrar *más allá*.) Si yo hubiera sido menos temeroso o más temerario las hubiera abierto y no me habría atormentado tantas noches sobre su posible contenido; pero, como ya he comentado, nunca me atreví por miedo a que la actuación de mis manos no pasase inadvertida. Hoy sé que además de este temor había en tanta prudencia —impropia de un niño, ahora me doy cuenta— un punto de cobardía: también temía las quizá fatales consecuencias que tal descubrimiento pudiera acarrear, pues se me antojaba que lo que se esconde no puede ser conocido sin pagar algo a cambio.

La culpa de este otro temor la tenía mi imaginación, siempre demasiado precoz y maliciosa en sus elucubraciones, merced a las cuales recibí más de un bofetón y sufrí más de una noche de insomnio. Muy a menudo pensé que tal vez mi padre escondiera allí secretos inconfesos e inconfesables de su juventud que no debían ser desvelados nunca. También influía a la hora de pensar así que el pasado de mi padre, o sea su tiempo de soltero, siempre fuera para mí un tiempo oscuro y desconocido, ya que en rara ocasión me habló de aquella época. Supongo que no lo hacía porque, si bien no le faltarían cosas que contar (su matrimonio fue un matrimonio tardío, larga juventud por tanto), tampoco le faltarían quién sabe cuántas que callar.

Pero un niño siempre quiere saber historias de su padre cuando era joven, lo necesita, y si éste no le satisface la sana curiosidad será la imaginación quien se encargue de ello. No pocas veces dediqué las horas de la siesta —tan aburridas, tan muertas para un niño— a inventar un pasado para mi padre: quién fue y qué hizo; un pasado que, huelga decirlo, siempre era fantástico e inverosímil (aunque no para mí entonces) pero nunca el mismo, sino que iba variando según mi estado de ánimo, de mis enfados y rabietas con él, o alegrías si me había dado motivo, si me había comprado algo o llevado a la feria el día anterior —con qué poco se es feliz de niño, pero es tan efímera esa felicidad—.

Al revivir esos momentos me sorprendo de mi capacidad inventiva, pero

también me avergüenzo de lo perverso que podía ser si había visto truncada alguna de mis ilusiones. Aunque quizá *perverso* no sea la palabra adecuada, pues las respuestas de los críos siempre son desmesuradas, siempre ven como enormes las pequeñas ofensas o desplantes que todos los padres cometen: es verdad que con los años se va concediendo menos importancia a las cosas. En tales ocasiones, digo, mi ofuscación me llevaba a crear un padre por algún motivo fracasado; recuerdo haberlo imaginado, en alguno de mis peores enfados, presidiario y luego mendigo.

Pero no quiero ser duro con el pasado: es demasiado fácil recriminarse por hechos de otro tiempo con excesivo rigor y esto, en general, no aporta nada positivo al presente. No hay además verdadero motivo: aquéllas fueron ocasiones aisladas, y la mayoría de las veces no hacía sino encumbrar y enaltecer a mi padre, imaginándolo bandolero, forajido o incluso pirata, en cualquier caso fuera de la ley; y digo que así lo encumbraba porque estos *oficios* eran por aquel entonces mis ideales, lo máximo a lo que alguien podía y debía aspirar; jamás le imaginé futbolista o astronauta o cualquier otra cosa que desearía un chiquillo de ahora.

Sin embargo, no deja de ser curioso que esas cajitas de madera de las que he hablado siempre aparecían en su vida, o sea que siempre las hacía aparecer mi imaginación, tanta era mi obsesión por ellas. Además, gozaban siempre de una importancia inusitada, no tanto por su funcionalidad como por su significado: a veces, por ejemplo, guardaba allí sus más queridas joyas robadas, aquellas que hurtó a alguna señorita cuyo amor más que sus alhajas hubiera anhelado conseguir; otras conservaba en alguna de ellas el mapa de la isla del tesoro, el cual estaba destinado a descubrir algún día. Y así.

II

Ahora esas cajitas de madera que tantas veces ocuparon mi mente están, junto con el resto de sus cosas, en alguna de las cajas de cartón que tengo amontonadas en una esquina del salón. Todavía no he abierto ninguna, e ignoro cuánto tardaré en hacerlo; ahora ya no es agradable navegar entre sus pertenencias, pues aquella curiosidad ha caducado y se ha convertido en obligación: es lo que de mí se espera, que examine lo que precipitadamente empaqueté hace unos días.

Por otra parte, esa actividad antaño inocente puede resultar ahora peligrosa, pues no hay nadie a quien pedir explicaciones sobre esto o aquello, y las deducciones que yo pueda hacer, además de erróneas, pueden resultar inquietantes y aun dolorosas. Quiero decir que él ya no podría explicarme, llegado el hipotético caso, quién es esa mujer de quien tantas fotos guarda; no hay seguridad alguna de que algo así vaya a suceder, pero no puedo dejar de pensar en esa posibilidad y otras similares; que no guardase, por ejemplo, ninguna foto mía. Nada de esto, quede claro, ha ocurrido ni es probable que lo haga, pero mi imaginación sigue igual de rebelde y atormentadora que siempre (aunque sin agenciarme ya sopapos, sólo ansiedad y jaquecas ahora); no sé qué habré de encontrar allí dentro, y es ese desconocimiento la causa de tanta conjetura absurda.

No fue lo mismo cuando mi madre: entonces no sucedió nada de manera inesperada, sino que todo estaba fijado, incluso los plazos (y ello, lejos de sosegar, nos lo hizo aún más doloroso). Así, ella dispuso de algún tiempo para hacer revisión general de sus cosas y clasificarlas según su destinatario: yo, mi padre, mi tía y alguno más que no recuerdo, hace ya tanto; y tuvo la frialdad o el sentido del deber suficiente para hacerlo en vida, ahorrándonos a los hombres el trago que nos hubiera supuesto hacerlo nosotros. Esta vez, en cambio, sólo yo puedo encargarme, pues a él no le ha dado tiempo el corazón (corazón por una vez traicionero, jamás lo fue en vida).

Supongo que comenzaré por ocuparme de la ropa, la entregaré lo más seguro a cualquier asociación de caridad que la admita como donativo. Tal vez me quede con alguna de sus corbatas, no tanto por la posibilidad de

utilizarla algún día (dudo que llegara a atreverme) como por ser un recuerdo no demasiado emotivo; quiero decir que una corbata no induce en exceso al sentimentalismo —tan peligroso a veces— y es fácilmente relegable al fondo del armario, para ser contemplada tan sólo en períodos de melancolía o bajo ánimo.

Tampoco me resultará difícil clasificar sus libros, decidir si conservo alguno y mandar el resto al trapero. Sin embargo, me llevará su tiempo si quiero hacerlo bien, pues llegó a reunir un considerable número de ejemplares. En realidad yo nunca los he visto: siempre estuvieron guardados en las cajas del trastero, nunca en estanterías, quizás porque con el matrimonio y el hijo se le acabó el tiempo para consultarlos. «¿Qué hay en esas cajas?», le pregunté alguna vez. «Libros, sólo libros», y ya no me decía más, cuáles, cuántos, o cómo y por qué estaban allí.

Para entonces, tras estos dos primeros pasos hasta cierto punto no complicados, quedarán sólo un par de cajas, las más comprometidas, aquéllas que contengan sus papeles y sus cartas y todo cuanto constituye lo más íntimo de una persona, las cajitas de madera también estarán allí. Y sé que retrasaré al máximo el momento de enfrentarme a estas últimas cajas, pues también ahora como entonces —como cuando niño— sigo temiendo las consecuencias que su apertura pueda acarrear (nunca dejamos de ser lo que fuimos, temerosos si temerosos y decididos sólo si decididos).

III

Han pasado varios meses y a lo largo de ellos he ido abriendo caja a caja todas las que había; nada que alterara mi conciencia o su descanso ha aparecido a traición y a destiempo (temores no cumplidos los míos). Sin embargo, he de confesar que no lo he abierto todo: en aquel rincón en el que se apilaban las grandes cajas de cartón hay ahora un número similar de cajitas de madera, tan familiares pero que no he abierto; las fui dejando cada vez para el final y ahora no sé si abrirlas o no, pues me pregunto si lo que no ha aparecido durante todo el proceso habrá de hacerlo si las abro. Llevan ahí esperando una semana o así, y por fin hoy he sabido lo que debo hacer con ellas.

Anoche rompí con Luisa, justo cuando, tras las primeras semanas, la relación podía pensar en consolidarse; y puede decirse que ha ocurrido por mi culpa, en tanto que no supe o no quise hacerla callar a tiempo. Habíamos quedado para cenar, y no sé por qué vino empeñada en contarme algo de su pasado; yo ignoraba de qué se trataba pero intuía, por lo tembloroso de su voz, que lo que dijese podría tener consecuencias fatales para nuestra relación. Sin embargo, decidí no hacer caso a este presentimiento y la dejé hacer, arriesgándome a perderla y quedarme tan sólo con un vaticinio correcto, como efectivamente ocurrió.

Luego en casa pasé toda la madrugada insomne dándole vueltas a la escena final de una película cuyo nombre no recuerdo y que vi hace años, y aun la escena en cuestión se me aparecía difusa en las circunstancias y detalles. En mi mente veía una sola imagen, suficiente no obstante para transmitir el mensaje: un hombre y una mujer abrazados, ella diciendo «Pero yo...» y ya nada más porque él le ponía una mano en la boca y luego su propia boca para callar una confesión que no estaba dispuesto a escuchar; una confesión que, como todos los espectadores sabían, hubiera hecho imposible un final feliz.

Una y otra vez me he recriminado no haber actuado con Luisa como el protagonista de la película con su chica. Como ya he apuntado, que ya no esté con ella ha sido por haberla dejado hablar y contar, pues lo que se

sabe o intuye pero no se ha dicho en voz alta no tiene en modo alguno la fuerza de lo que sí se ha pronunciado. Luisa y yo sabíamos esto, también la pareja de la película; pero ellos acabaron juntos y nosotros desde anoche no lo estamos. Al principio no me entristeció demasiado, pero ahora que han pasado las horas y he podido reflexionar y darme cuenta de que la he perdido para siempre no puedo dejar de censurarme; y no me echo en cara haber roto con ella tras haber sabido lo que me contó: me reprocho tan sólo haber desafiado al conocimiento y no haber tenido miedo a saber.

También ahora sé que no abriré ya esas cajitas, sino que las guardaré intactas en un rincón de mi armario para con ellas hacer primero soñar y luego sufrir al hijo que algún día tendré. Así, él podrá aprender a ser temeroso del conocimiento de la misma manera que intuyo lo hemos hecho en mi familia desde generaciones atrás.